

Dieter Janik

**Pablo Neruda, o “el corazón más repartido”  
(*Fin de mundo*, 1969)**

En 1969 Pablo Neruda cumplió 65 años. Había vuelto a su país el año anterior y vivía, en aquella época, preferentemente en su casa de Isla Negra. Un poeta no se jubila. ¿Qué habrán significado entonces para Neruda los 65 años cumplidos? No habla de esa fecha en sus memorias, *Confieso que he vivido*.<sup>1</sup> Sin embargo, en aquel año recibe un homenaje muy particular por parte de un círculo de amigos. La *Sociedad de arte contemporáneo* de Santiago organiza y costea la espléndida edición de un volumen de su poesía más reciente, reunida por el poeta bajo el título *Fin de mundo*. Lleva la fecha de 1969 y fue distribuido, en buena parte, entre los socios y amigos de la *Sociedad*. Es un libro de tamaño poco usual, de forma oblonga, con una tipografía esmerada que utiliza el tinte rojo claro para destacar en el margen izquierdo ciertos elementos temáticos y apelativos de los poemas enfrentados a la espaciosa disposición de los versos en negro, que llenan 246 páginas. El aporte artístico a esta edición preciosa –preciosa en todos los sentidos de la palabra– consiste en una serie de seis retratos del poeta firmados por los pintores amigos chilenos Mario Carreño, María Martner, Pedro Millar, Julio Escámez, Nemesio Antúnez y el conocido artista ecuatoriano Osvaldo Guayasamín. Reflejan con estilos y técnicas muy individuales la madurez de la personalidad y, al mismo tiempo, cierta visión poética de Neruda. Este aspecto se revela sobre todo en el mosaico natural de María Martner, formado de pie-

---

1 En sus memorias dedica a aquel año dos páginas tituladas *Poética y política*, que pasan por alto su cumpleaños. Pero existe otro documento que atestigua el hecho de que el aniversario lo invitó a un breve repaso de su vida. Durante el año pasado en Isla Negra Neruda fue columnista muy asiduo de la revista semanal ER-CILLA. Con fecha del 16 de julio publicó allí una nota autobiográfica que lleva como título la cifra 65. Pide excusas por haber relatado en esta página unos incidentes de su infancia Y por qué he contado todas estas tonterías? Será tal vez porque en este mes de julio estoy cumpliendo mis sesenta y cinco años de vida en este único y fugitivo mundo (*Obras completas V*, pp. 233-235).

dras y conchas multicolores que recrean las líneas ondulantes inconfundibles de su cabeza como si ella emergiera de la playa cuando el mar se retira.

No sabemos si a Neruda le ha afectado mucho la cifra exacta de sus años, que, en aquel año, sumaron definitivamente 65. Lo que los lectores de *Fin de mundo* notan, apenas dan vuelta las primeras páginas del libro, es que este libro tiene carácter retrospectivo, desde la cumbre de una vida. El poeta sabe que ha entrado en su otoño. Su consagración como poeta universal, sí, tendrá lugar dos años más tarde, cuando recibe el premio Nobel, tan codiciado por los escritores y poetas latinoamericanos. Pero ya en 1968 se multiplican –además de los muchos premios y honores recibidos con anterioridad en tantos países– los signos de su canonización como excelso poeta del siglo XX. En 1968 aparece en la Editorial Losada de Buenos Aires la tercera edición de sus *Obras completas*, y en la Editorial Sudamericana de la misma ciudad se publica la monografía de Amado Alonso con el título *Poesía y estilo de Pablo Neruda. Interpretación de un poeta hermético*. Esta monografía sobre la explosión poética materializada en las *Residencias* ha constituido durante muchos años, y tal vez hasta hoy, uno de los aportes más significativos de la crítica nerudiana. Sabemos que Pablo Neruda ha tomado nota de este intenso esfuerzo crítico y, es más, se ha interesado realmente por este sondeo en su imaginación creadora y de la plasmación verbal de la misma. En *Confieso que he vivido* dedica al autor del estudio algunas frases elogiosas que culminan en la siguiente afirmación:

Además, el estudio de Alonso revela la primera preocupación seria en nuestro idioma por la obra de un poeta contemporáneo. Y eso me honra más de la cuenta (*Obras completas* V, p. 724).

He mencionado estos detalles para situar mejor el lugar del libro *Fin de mundo* en la trayectoria del poeta. Neruda lo ha escrito con dolorosa lucidez, volviendo la mirada a su vida ya vivida y a todo lo que le tocó vivir de los grandes eventos históricos en América Latina y en Europa. Vuelve a hablar de sus experiencias personales en distintas partes del mundo, de las alegrías y dolores compartidos con otros, se adentra en el ser de las cosas y en el existir de los hombres. El libro parece ser el fruto de largos meses de ocio –ocio relativo, si se com-

para su vida en la casa de Isla Negra con la vuelta a la política y a la diplomacia de los años siguientes.

El índice del volumen sorprende al lector con la inscripción *Orden del libro* que, de hecho, anuncia once apartados, cada uno de algo más de veinte páginas. Los títulos de los apartados, sin embargo, no definen temas sino que retoman sencillamente los incipit de los poemas que se ensartan libremente en cada capítulo del volumen. Voy a citar los primeros:

—Entrelazado he sido hoy,  
—La marejada se llevó,  
—Florece este día de invierno,  
—Pero debajo de la alfombra,  
—Como poeta carpintero, etc.

Si bien hay, en los distintos capítulos, determinados núcleos temáticos, estos no se dejan aprehender o intuir a partir de estas palabras iniciales, las que más bien desorientan al lector, que deberá abandonarse a las poesías como quien se sumerge en el agua del mar. La unidad profunda del libro nace del ritmo constante que impregna el decir poético desde el comienzo hasta el fin. El ritmo corresponde al verso de 9 sílabas, verso que permite un sinnúmero de modalidades sintácticas, musicales y retóricas. Voy a citar aquellos versos del primer poema (*Entrelazado he sido hoy*) donde aparece precisamente el que dio origen al título de este artículo:

Mi vocación más verdadera  
fue llegar a ser un molino:  
estudié cantando en el agua  
la razón de la transparencia  
y aprendí del trigo abundante

la identidad que se repite.

Así llegué a ser lo que soy:  
el corazón más repartido.

Meine tiefste Berufung war  
eine Mühle zu werden;  
ich erforschte singend im Wasser,  
was seine Durchsichtigkeit ausmacht,  
und vom üppig wachsenden Weizen  
lernte ich,  
was sich wiederholendes Selbst ist.

So wurde ich, was ich bin:  
das an alles hingegebene Herz.  
(Übers. D. J.)

Hay reiteradas aproximaciones del poeta a su don poético con la intención de precisar las fuentes de su palabra abundante, a saber su actuación como poeta frente al mundo material que le envuelve y frente a los hombres implicados en luchas históricas. En algún lugar reconoce que el mar fue su maestro y que aprendió del mar los movimientos de su poesía. Contrariamente a su anterior rechazo de los manifies-

tos poéticos y de las inevitables definiciones que ellos exigen, en *Fin de mundo* intitula dos largos poemas *Artes poéticas I* y *Artes Poéticas II*. Pero allí no define su poesía, sino que manifiesta su identidad proteica de poeta creador sensible al roce de las sustancias y materias más diversas. Es así que en el primer poema se suceden identidades cambiantes:

Como poeta carpintero  
busco primero la madera  
áspera o lisa, predispuesta:  
con las manos toco el olor,  
huelo el color, paso los dedos  
por la integridad olorosa,  
por el silencio del sistema,  
hasta que me duermo o transmigro  
o me desnudo y me sumerjo  
en la salud de la madera,  
en sus circumvalaciones. [...]  
(*Fin de mundo*, p. 111).

El poeta se vuelve madera con todos los órganos sensoriales de que dispone y que le permiten entrar en la sustancia. La poesía no hace sino traducir esta comunión íntima con la materia.

Crear con la palabra, vale decir trabajar como poeta, se asimila después al oficio del panadero:

Como poeta panadero  
preparo el fuego, la harina,  
la levadura, el corazón,  
y me complico hasta los codos  
amasando la luz del horno,  
el agua verde del idioma,  
para que el pan que me sucede  
se venda en la panadería  
(*Fin de mundo*, p. 112).

Amasar el pan futuro no es la imagen definitiva para explicar el quehacer poético. Este varía con las calidades y resistencias de la materia. Así que el poeta revela otra faceta de su identidad de poeta:

Yo soy y no sé si lo sepan  
tal vez herrero por destino  
o por lo menos propicié  
para todos y para mí  
metalúrgica poesía.

En tal abierto patrocinio  
no tuve adhesiones ardientes:  
fui ferretero solitario

(*Fin de mundo*, pp. 112-113).

En el segundo poema (*Artes Poéticas II*) desilusiona a aquellos lectores que confiaban haber encontrado algo como la llave de las creaciones del poeta a través de sus transformaciones como hacedor. El poeta reconoce que ha llegado tarde al mundo, que no le quedaba por descubrir nada en el mundo externo, sino solamente su íntima, personalísima relación con las cosas y lo que vio cuando miró ciertos fenómenos desde su propio centro. Nacen así textos poéticos que enriquecen la realidad aparentemente conocida e investigada con dimensiones nuevas:

*Agua* La desventaja del rocío  
cuando su luz se multiplica  
es que a la flor le nacen ojos  
y estos ojos miran el mundo.  
Ya dejaron de ser rocío.  
Son las circunstancias del día:  
reflexiones de la corola:  
eternidad del agua eterna  
(*Fin de mundo*, p. 119).

En los muchos poemas de *Fin de mundo* se cruzan y alternan dos modos de ser del poeta. El uno se manifiesta como anhelo de fusión con todo lo que no tiene una materialidad densa, fija, de contornos netos, todo lo que envuelve al poeta haciendo desaparecer las fronteras entre el yo y el no-yo. Hay percepciones distintas de la vida a partir de la sensación de las tinieblas, del viento, de la sombra, de las olas, del sonido de las campanas, de la arena, de la luz del sol. Pero también en el orden de la naturaleza aparece la individuación de seres –tantas plantas, piedras, árboles, animales–, que invita al hombre a buscar su forma esencial a través de una aproximación o asimilación adecuada: adentrarse en lo animal, adentrarse en lo orgánico de las plantas, adentrarse en lo mineral. Sirva para ilustrar esta observación el poema *Animal*:

Aquel certero escarabajo  
voló con élitros abiertos  
hasta la cereza infrarroja,  
la devoró sin comprender

la química del poderío  
 y luego volvió a los follajes  
 convertido en un incendiario.  
 Su caparazón derivó  
 como un cometa saturado  
 por la radiación deliciosa  
 y se fue ardiendo en la substancia  
 de tan quemantes electrones:  
 al disolverse alcanzó a ser  
 un síntoma del arco iris

(*Fin de mundo*, pp. 126-1279).

Esta percepción sintética, personal, antropomorfizante se encuentra en el polo opuesto del análisis científico que tiende, con experimentos sofisticados, a separar y describir las dimensiones observables de todo objeto o suceso complejo. Por otro lado, para el poeta un árbol es todos los árboles, todos los árboles son un árbol. Descubre una unidad y un retorno posible a la unidad a través de cada ejemplar. Así, tal vez, se puede comprender el poema *Alianza*:

Cuando la hoja no converse  
 con otras hojas y preserve  
 infinitos labios el árbol  
 para susurrarnos susurros,  
 cuando la patria vegetal  
 con sus banderas abolidas  
 se resigne al precario idioma  
 del hombre o a su silencio  
 y por mi parte cuando asuma  
 como agua o savia los deberes  
 de la raíz a la corola,  
 ay ese mundo es la victoria,  
 es el paraíso perdido,  
 la unidad verde, la hermosura  
 de las uvas y de las manos,  
 el signo redondo que corre  
 anunciando mi nacimiento

(*Fin de mundo*, pp. 120-121).

El otro modo de ser al que hice mención es la inevitable dimensión histórica del existir humano. En la crítica nerudiana se han descrito muchas veces las distintas etapas de la vida del poeta – aislándose primero en su soledad existencial para romper después violentamente este aislamiento en pro de una actuación política comprometida con los ideales republicanos, con los valores socialistas y con la lucha antiimperialista. A la altura de *Fin de mundo*, Neruda está de vuelta de

tantos combates políticos, de tantas polémicas sustentadas por su toma de posición incondicional en favor del comunismo soviético, de tantas esperanzas frustradas. El ve el siglo desde los últimos años de la década de los sesenta. Le pesa mucho este siglo que ha vivido en su mayor parte, siglo que ha derramado tanta sangre y que no quiere terminar. El primer texto de *Fin de mundo*, un poema-prólogo, empieza con estas palabras:

Qué siglo permanente!  
Preguntamos:  
Cuándo caerá? Cuándo se irá de bruces  
al compacto, al vacío?  
A la revolución idolatrada?  
O a la definitiva  
mentira patriarcal?  
(*Fin de mundo*, p. 23).

Cuando Neruda habla de los enfrentamientos trágicamente sangrientos de los hombres que luchan por la propia visión de la historia, su estilo se vuelve discursivo. Habla, desde su perspectiva, de sucesos que muchos hombres han compartido y a los cuales muchos no han sobrevivido. Hay en más de un poema una tristeza apocalíptica que el poeta combate con arrebatos de esperanza:

Por eso, en la puerta, espero  
a los que llegan a este fin de fiesta:  
a este fin de mundo.  
Entro con ellos pase lo que pase.  
Me voy con los que parten  
y regreso.  
Mi deber es vivir, morir, vivir  
(*Fin de mundo*, pp. 27-28).

En más de un apartado del libro el poeta recuerda —con pinceladas horribles— el holocausto organizado por Hitler, la primera bomba atómica y sus estragos, la derrota de la República española, la guerra de Vietnam. Para el lector de hoy son, afortunadamente, dolores del pasado, de un pasado por fin dejado atrás. Neruda no pudo anticiparse a su momento histórico. Sin embargo, determinados pasajes de su lamento sobre la guerra en Vietnam recobran una triste actualidad:

Por qué ir tan lejos a matar?  
 Por qué ir tan lejos a morir  
 (*Fin de mundo*, p. 78).

En este repaso de la historia del siglo XX se manifiesta la dolorosa incomprensión ante tantos actos contradictorios, entre ellos la entrega de Che Guevara por parte de unos campesinos bolivianos en 1968. Pero, en general, aquellos versos que aluden a episodios históricos perturbadores ya no contienen comentarios incisivos, sino que dejan entrever cierta resignación.

Las últimas observaciones ya han puesto de manifiesto que *Fin de mundo* es, en gran parte, el recuerdo de Neruda de su paso por el siglo XX. Es un anticipo poético de sus *memorias*. Este carácter personal asoma cada vez más nítidamente en los últimos tramos del libro.

Un aspecto que todavía no he mencionado, y que tiene características más gratas que las experiencias políticas e históricas, es la visión del renacer literario y cultural de América Latina. Todo el décimo apartado está dedicado a cantar y celebrar figuras mayores de la literatura hispanoamericana que, con sus obras, se crearon una audiencia mundial. Escribe:

Nosotros sudamericanos,  
 nosotros subamericanos,  
 por nuestra culpa y maleficio  
 vimos nuestros nombres por fin,  
 las sílabas de nuestra nieve  
 o el humo de nuestras cocinas  
 estudiados por otros hombres  
 en trenes que bajan de Hamburgo  
 o que suben desde Tarento  
 (*Fin de mundo*, p. 220).

Reserva breves homenajes cincelados a Cortázar, al joven Mario Vargas Llosa, nombra a Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Miguel Otero, Revueltas, Sábato, Onetti (*cubierto de luna*, dice) y Roa Bastos. Todos ellos, solos y juntos, han roto el silencio, *el tiempo callado* del continente. Los versos más emocionados y emocionantes van dirigidos a García Márquez, cuya novela maestra, aparecida en mayo de 1967, en menos de dos años había conquistado los corazones de un vasto público americano y europeo. Los versos de Neruda parecen haber sido escritos bajo el imperio del mito macondino:



También en este tiempo tuvo  
tiempo de nacer un volcán  
que echaba fuego a borbotones  
o, mas bien dicho, este volcán  
echaba sueños a caer  
por las laderas de Colombia,  
y fueron las mil y una noches  
saliendo de su boca mágica,  
la erupción magna de mi tiempo:  
en sus invenciones de arcilla,  
sucios de barro y de lava,  
nacieron para no morir  
muchos hombres de carne y hueso  
(*Fin de mundo*, p. 219).

Frente a los numerosos escritores latinoamericanos Neruda levanta su voz como cronista cantor. Afirma con fórmulas vigorosas su propio rol:

Cantando se funda la patria  
y si no se sigue cantando  
se muere la tierra en tus brazos  
y esto lo vengo a proclamar  
porque el amor es mi venganza  
(*Fin de mundo*, p. 222).

La presentación generosa de sus amigos y compañeros escritores es otro reflejo más de su mirada otoñal que hace el balance de experiencias personales y colectivas. Se ha quedado con muchas preguntas sin respuestas. Su estadía prolongada en la casa de Isla Negra y el trabajo esforzado en su libro *Fin de mundo* han alejado a Neruda, por pocos meses, del escenario político y de los grandes remolinos históricos. Tuvo tiempo de revisar su vida, de cuestionar una vez más la marcha de la historia y formular preguntas y preguntas. Escribe al final de su libro poético:

Yo tantas preguntas me hice  
que me fui a vivir a la orilla  
del mar heroico y simultáneo  
y tiré al agua las respuestas  
para no pelearme con nadie,  
hasta que ya no pregunté  
y de todo un siglo de muerte  
me pongo a escuchar lo que dice  
el mar que no me dice nada  
(*Fin de mundo*, p. 241).

La naturaleza y la historia son inconmensurables. Si, por un lado, Neruda busca la identidad de su persona en aquella unión osmótica con los seres de la naturaleza, por otro lado no huye de su condición humana y de su responsabilidad de dignificar la vida de los hombres. Al concluir su largo canto afirma su función de poeta con un patetismo hugoliano desconocido ya en Europa:

Para los pueblos fue mi canto  
escrito en la zona del mar  
y viví entre el mar y los pueblos  
como un centinela secreto  
que defendía sus batallas  
lleno de amor y de rumor:  
porque soy el hombre sonoro,  
testigo de las esperanzas  
en este siglo asesinado,  
cómplice de la humanidad  
con mis hermanos asesinos  
(*Fin de mundo*, p. 243).

Con estas palabras Neruda resume su misión como poeta en el mundo.

El vigor y la generosidad de su personalidad han sido transmitidos a muchos hombres en muchos países por la multiplicación de su voz, que nos habla desde sus poemas y libros impresos. Es precisamente esta voz la que ha ejercido una profunda acción sobre los miembros de su generación y aun hasta hoy día. Pienso que el homenaje a un poeta como Neruda debe desembocar necesariamente en unas reflexiones que intenten aclarar el misterio de esta voz poética y de su efecto sobre nosotros como lectores. Si hay una impresión profunda producida por la voz de Neruda, es la de un movimiento que nos lleva y arrastra como un río desbordado. ¿A qué se debe este efecto sobrecogedor? Trataré de explicarlo por vía de un tanteo crítico. Para ello debo volver al período decisivo en el que se ha configurado la postura inconfundible del poeta ante el mundo y ante la lengua. Evidentemente, es el período de las *Residencias*. En aquel período llevó a cabo una revolución espiritual que tendió a aprehender el ser de las cosas y de todas las fuerzas cósmicas en su condición original – vale decir no influida por el hombre ni por su sostenida tentativa cultural de sobreponerse a esta realidad primaria del mundo. Esto significó un *deslimitar* las pautas culturales que condicionan nuestra visión del mundo. El mundo natural recobra de esta manera su presencia originaria sin plegarse a

los esquemas cognoscitivos que lo han ido apresando en el curso de los siglos. Pero lo más importante es que este mismo acto de liberación se efectúa también en el dominio de la lengua y del habla. Neruda buscó un nuevo punto de partida desde el cual ordenar nuevamente y con la mayor libertad subjetiva las relaciones en las cuales pueden entrar las palabras que significan las cosas del mundo. Así, Neruda se ha movido con suma libertad en los dos medios complementarios, el ser de las cosas del mundo y la lengua con sus significaciones – como órgano de su plasmación respiratoria, articuladora y simbolizante.

Al respecto, los versos más reveladores son para mí los que pertenecen al poema *Arte poética*, que a su vez forma parte de *Residencia en la tierra*:

[...]  
ay, para cada agua invisible que bebo soñolientamente,  
y de todo sonido que acojo temblando,  
tengo la misma sed ausente y la misma fiebre fría,  
un oído que nace, una angustia indirecta.  
[...]

(*Obras completas I*, p. 274).

En estas palabras encontramos vestigios de esta búsqueda, de esta aprehensión primordial del mundo con el instrumento de la palabra. En cada palabra se *complica* nuevamente la realidad del mundo –del que no sabemos lo que es– con el don del lenguaje que los hombres han creado para articular su relación con las innumerables manifestaciones del ser. Esta sensación profunda, seguramente, explica dos características que muchos lectores y muchos críticos han notado en la poesía de Neruda: su abundancia y su creatividad. Ambas son consecuencia de este afán de llegar a lo ilimitado, anterior a toda labor definitiva tal como la promueven la mentalidad y la inteligencia científicas. El mundo de Neruda es un mundo incompatible con la perspectiva científica. Por otro lado, todas las dimensiones sensoriales que la naturaleza puede estimular en la percepción humana –y todas sus combinaciones y correspondencias complejas (tema que se sitúa fuera del interés científico)–, constituyen el ámbito en el cual se mueven con curiosidad, receptividad y simpatía la espiritualidad nerudiana y su voz poética. Como lectores, cuando nos sumergimos en su poesía, sentimos que estamos más cerca del ser de las cosas y del ser del

hombre. Esta sensación nos regala con una experiencia renovada de nosotros mismos y nos llena de gratitud.

### **Bibliografía**

- Neruda, Pablo (1969): *Fin de mundo*. Santiago: Edición de la Sociedad de Arte Contemporáneo.
- (1999): *Obras completas I*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores.
- (2002): *Obras completas V*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores.